

# Conectividad para el futuro

Luis Rubio

Hasta hace no muchas décadas, la geografía imponía límites a la capacidad de desarrollo de las naciones. Las distancias y la falta de infraestructura determinaban que los países pobres se mantuvieran pobres, con pocas posibilidades de progresar. Sin embargo, los avances tecnológicos han transformado al planeta al permitir escapar de la “prisión de la geografía”, como la llama el Nobel Angus Deaton: “biliones de personas se han reunido en el mercado global al construir conectividad a pesar de su ‘mala’ geografía e instituciones”\*. La tecnología abre ingentes oportunidades porque permite el acceso a nuevas ideas, prácticas de negocios y tecnologías hasta en el lugar más recóndito de la Tierra. A pesar de la oportunidad, México no las ha aprovechado más que marginalmente. No todo son elecciones o TLC.

Según Parag Khanna en Connectography, el futuro del mundo va a determinarse por las cadenas de proveeduría que se establezcan dentro y entre las naciones. La capacidad de acercar productos a mercados y materias primas a centros de producción es lo que determinará la riqueza de las naciones en la era de la conectividad. La clave del éxito en ese entorno reside en la conectividad y ésta la determina la infraestructura y la adopción de tecnologías que permitan la conectividad.

Siempre se ha sabido que la infraestructura es clave para el desarrollo, pero no cualquier infraestructura es relevante: sólo aquella que permite romper con los límites de la geografía y de la pobreza. “No hay peor corrupción que la opresiva ineficiencia de las sociedades en que la movilidad más básica está impedida por la inexistencia de infraestructura. Es como vivir sin la rueda”.

Y continúa: “La falta de infraestructura física y de capacidad institucional es tan desesperante que deberíamos considerar si el problema de la construcción de fortaleza gubernamental no reside en el Estado mismo... Deberíamos conectar áreas urbanas dentro y a través de las fronteras nacionales para alinear mejor a las personas, recursos y mercados. Esto implica contemplar a las ciudades como la base de la construcción y fortalecimiento del Estado en lugar de verlo como un producto de éste”.

El punto de Khanna es que la infraestructura debe concebirse como un medio para promover la cercanía entre personas, recursos y mercados, de tal suerte que se convierta en un trampolín al desarrollo. En este sentido, es clave que los proyectos de infraestructura que se promuevan sirvan para elevar la conectividad porque los recursos son escasos y no todos contribuyen al desarrollo. Es imperativo, dice el autor, entender al mapa de un país, de la región y del mundo como un conjunto de centros productivos (hubs) que, al vincularse directamente, permiten remontar las limitaciones de Estados débiles y gobiernos sin brújula. Desde esta perspectiva, no hay inversión más importante que la de la infraestructura que permite esa conectividad.

En lugar de los imperios del pasado dedicados a dominar grandes territorios y fuentes de recursos, dice Khanna, la verdadera disputa en la actualidad es por la generación de valor a través de la conectividad como medio para acelerar el crecimiento de las economías. Al estudiar a China, el autor argumenta que ese país no está intentando controlar vastas regiones de África y Asia, sino tener acceso a sus mercados ya sea como fuente de recursos o como destino de sus

El punto de Khanna es que la infraestructura debe concebirse como un medio para promover la cercanía entre personas, recursos y mercados, de tal suerte que se convierta en un trampolín al desarrollo. En este sentido, es clave que los proyectos de infraestructura que se promuevan sirvan para elevar la conectividad porque los recursos son escasos y no todos contribuyen al desarrollo.

productos. Es decir, el gran tema del futuro es logístico.

En ese mundo futuro las empresas serán actores fundamentales porque estarán a cargo de la provisión de bienes, recursos y empleos; actuando más allá de sus fronteras, cambiará la dinámica entre empresas, gobiernos y sindicatos, lo que exigirá nuevas formas de rendición de cuentas no sólo para gobiernos sino también para las empresas. De hecho, dice Khanna, “la distinción entre lo público y lo privado, consumidor y ciudadano, se evapora. Cuando la ciudadanía nacional aporta beneficios menores, las cadenas de provisión ciudadanas se tornan mucho más importantes”.

Desde esta perspectiva, atraer cadenas de provisión constituye la forma más rápida para elevar la tasa de crecimiento. Pero no es sólo atraer inversiones, sino cadenas de proveedores que las alimenten, de tal suerte que se amplien las oportunidades de empleo y generación de riqueza. Como beneficio adicional, la incorporación integral de la economía al mundo global (algo que en México sólo es parcial porque buena parte de la planta industrial sigue aislada de la globalidad), se ha convertido en un vehicu-

lo para la transformación social, de derechos laborales y, en general, de derechos de las personas.

“La conectividad se convierte en una plataforma para un desarrollo integral de la sociedad”. Más aún, “el acceso a la información permite afianzar la dignidad de las personas: un derecho fundamental para el avance personal y la productividad económica”. La conectividad tiene otro beneficio: como argumenta Deirdre McCloskey\*\* son las ideas y su diseminación lo que hace posible el desarrollo, ideas para los motores eléctricos y elecciones libres, pero sobre todo las ideas liberales de igualdad, libertad y dignidad para las personas comunes y corrientes.

No es el capital ni las instituciones lo que hizo posible que unas naciones se hicieran ricas, sino las ideas que dignificaron al innovador y dieron vuelo a su imaginación. Las cadenas de proveeduría permitirían diseminar todo eso que ha sido imposible por siglos en México, incluyendo el desarrollo y la riqueza.

\* The Great Escape.

\*\* Bourgeois Equality.

@lrubio

## Del monopolio priista a la disputa de las redes

Jesús Cantú

En las últimas 3 décadas las campañas electorales se han transformado radicalmente: en 1988, el partido en el gobierno y su candidato era el único que tenía acceso a radio y televisión; en la elección electoral del próximo año, todos los partidos políticos tienen acceso equitativo a radio y televisión y la disputa se dará principalmente en las llamadas redes sociales.

En esta colaboración revisaré lo que ha sucedido en materia de las campañas electorales y, todavía más precisamente, en los medios de comunicación. En 1988, el PRI era el único partido con recursos suficientes para comprar tiempo en radio y televisión, pues no había financiamiento público y el financiamiento privado llegaba a cuenta gotas al PAN, pues realmente era más simbólico que real. Pero aunque la oposición tuviera dinero para comprar espacios en los medios electrónicos, éstos les rechazaban sus promocionales para no incomodar al entonces todavía partido hegemónico.

En esa memorable campaña electoral, por el conflicto postelectoral y la emergencia del Frente Democrático Nacional, encabezado por Cuauhtémoc Cárdenas, el entonces candidato panista, Manuel Clouthier, lideró una protesta multitudinaria por la segada cobertura de la única televisión comercial de México, Televisa; su protesta tuvo poco efecto, pues de acuerdo al monitoreo de los noticieros nacionales de ese año el PRI y sus candidatos acapararon el 83.14% de la cobertura, es decir, el resto de los partidos y candidatos se repartían menos del 17% del tiempo y en muchas de las ocasiones era para menciones negativas. Simplemente los desaparecían de los medios. Las campañas en ese entonces eran fundamentalmente cara a cara, con un gran desgaste físico de los candidatos.

En 1994, el PRI mantuvo el control de los espacios comerciales y de acuerdo a lo que le reportaron al entonces naciente Instituto Federal Electoral, ejerció el 68% del gasto electoral; el PAN, el 16%; el PRD, 4.5% y el resto se dividía entre el resto de los partidos. Y, aunque en la aparición en televisión hubo un mayor equilibrio, de acuerdo al monitoreo de los noticieros nacionales, el PRI mantuvo un 33.4% del tiempo; el PAN, 23.7%; y el PRD, 19.7%, pero el mayor sesgo estaba en el contenido de la información, la del tricolor era totalmente favorable y con imágenes de campaña que ellos mismos captaban y entregaban a las televisoras; y las de la oposición, con mucha difusión de información negativa, como la presentación de los supuestos medios hermanos de Cárdenas.

En esa campaña también se realizó el primer debate entre los candidatos presidenciales, que recibió cobertura de las principales cadenas noticiosas. El debate tuvo impacto en el resultado electoral en la

medida en que Cárdenas fue el que de acuerdo a todas las encuestas perdió el debate y no pudo recuperarse en el resto de la campaña.

El gran cambio sucedió en la campaña de 2000, ya con financiamiento público y, como consecuencia de lo anterior, la posibilidad de comprar tiempos en radio y televisión por parte de todos los candidatos, de acuerdo a lo reportado a la autoridad electoral el PRI gastó el 40% del total; el PAN, el 30%; y la Alianza por México, encabezada por el PRD, el 25%. Notable diferencia con el pasado. Se celebraron dos debates presidenciales, el primero con todos los candidatos; y el segundo, únicamente con los tres más competitivos. Y aunque el monitoreo del IFE revela todavía una cobertura favorable al PRI, con el de 39.8%; 27.4, PAN; y 20.2%, Alianza por México, 20.2%, es todavía recordada la cobertura in vivo de eventos como los desacuerdos respecto al segundo debate, que posteriormente impactaron de manera decisiva en el resultado de la elección, cuando el abanderado panista repetía incesantemente: hoy, hoy, hoy, que se convirtió en el slogan de campaña. Los estrategias de Fox, supieron capitalizar algunos de estos momentos y convertirlos en impactantes spots. Es factible afirmar que fue la primera elección presidencial que se decidió en la televisión.

En el 2006 se mantuvo dicha fórmula, básicamente fueron los spots del PAN (y todos los demás actores que lo acompañaron, como el Consejo Coordinador Empresarial y la misma intervención del gobierno federal) en contra del candidato de la Coalición Por el Bien de Todos, los que decidieron el sentido de la elección. La disputa se centró todavía en los spots en radio y televisión.

La elección del 2012, ya no fue decidida por los spots, sino por la cobertura de las dos principales televisoras y principalmente Televisa, que construyó la imagen del candidato a la postre ganador, Enrique Peña Nieto, con su cobertura informativa. Pero no hay que dejar de lado la emergencia de las redes sociales, pues lo único que perturbó el proceso electoral fue el surgimiento del movimiento #YoSoy132, que estuvo a punto de cambiar el resultado.

En síntesis: en las elecciones de 1988 y 1994, la disparidad era tal que el rol de la televisión, no fue el determinante; en las del 2000 y 2006, la mayor incidencia se produjo a partir de las estrategias publicitarias que les diseñaron sus estrategias y se difundieron vía los promocionales en las televisoras; la del 2012, fue definida por el sesgo en la cobertura informativa (antes y durante el proceso electoral), pero ya anunció la emergencia de las redes sociales.

En el 2018, las televisoras jugaran un papel secundario y la elección se decidirá en las batallas que se libren en las redes sociales, como ya fue evidente en la elección de gobernador de Nuevo León.

## Pegado con alfileres

Jorge Zepeda Patterson

No sé si ustedes coincidan, pero a mí me parece que de un tiempo para acá la sensación de vulnerabilidad y de indefensión que experimentan los ciudadanos se ha acentuado hasta convertirse en una segunda naturaleza. Y no me refiero sólo a la enorme incertidumbre que provoca la inseguridad que nos atosiga. Que no es poca cosa. Una inseguridad tal que terminó por diluir la noción de zonas de peligro y zonas de confianza en que habíamos dividido al mapa y al reloj; antes se asumía que acudir a ciertos lugares y en determinadas horas nos sometía a un riesgo. Ahora no hay sitio ni hora del día en que nos sintamos cabalmente a salvo. Se suponía que te robaban en caminos solitarios, ahora te asaltan en las autopistas (y no me refiero a la caseta de peaje, aunque también). Te arriesgabas si ibas a la Lagunilla, Tepito o equivalente; ahora te despojan al salir de Antara o Perisur. Peligrabas en una cantina pero no en un restaurante familiar de cierto postín. Te inquietaba caminar por un barrio poco conocido pero te sentías a salvo alrededor de tu manzana; hoy, al encontrarse, los vecinos ya no hablan entre sí de la fiesta escandalosa que no los deja dormir sino de los asaltos acumulados en los últimos días.

Pero como decía al principio, la vulnerabilidad que experimentamos no sólo deriva de la inseguridad. En las principales ciudades del país comienza a experimentarse la sensación de que la calidad de vida de los ciudadanos, por escasa que sea, se encuentra en fragilidad perenne.

Las tormentas de los últimos días convierten a grandes segmentos de nuestras ciudades en repentinos Xochimilcos, con carros convertidos en lastimosas trajineras. No importa que la temporada de lluvias tenga fecha precisa en el calendario, resulta aun más predecible la negligencia de las autoridades y la acumulación de infamias y abusos de constructores y proveedores en el desarrollo de una obra pública chata e insuficiente.

Nuestras vialidades están tan saturadas que la más tenue lluvia provoca atascos inexplicables y nos condena a vivir el resto de la tarde a ritmo ralentizado. Los trayectos se convierten en cruzadas inciertas en las que reina el azar, resultado de incidentes imposibles de anticipar: obras en construcción, operativos de seguridad, marchas de protesta, un plantón

inesperado. Sabemos cuando salimos, no cuando vamos a llegar.

Pero ningún incidente provoca una sensación tal de precariedad como el hecho de que el pavimento se hunda y aparezca de la nada un hoyo inmenso en medio de la calle. Pocas cosas deben ser más inquietantes que habitar en torno a los socones que han brotado en distintos puntos de la Ciudad de México. Nada más frágil que saber que el suelo que pisas o ruedas puede desaparecer en cualquier momento.

Nuestros servicios públicos nunca han sido un dechado de virtudes, pero me parece que en los últimos años hemos comenzado a vivir nuestras ciudades como si se tratasen de un terreno minado. El riesgo o el contratiempo acecha en todo momento. Los nuevos códigos urbanos no

escritos establecen precauciones, cálculos y hábitos que todos ya hemos hecho nuestros.

La incertidumbre no es nueva, pero se ha acentuado a niveles estresantes. Supongo que tiene que ver con el crecimiento de nuestras urbes que llevan al límite la infraestructura urbana, pero estoy convencido que también deriva de la incapacidad creciente de las autoridades para responder a los retos que afronta la comunidad.

La corrupción ha aumentado, sin duda. Aunque no es lo único.

La alternancia en el poder, al no estar acompañada de mecanismos de profesionalización del servicio público, provoca que alcaldes y gobernadores sólo piensen en el corto plazo. No hay incentivos políticos para hacer las inversiones de largo aliento que requiere la infraestructura de una ciudad. Sus gestiones se caracterizan por obras de relumbrón, de remodelación, de parche y reparación.

Y el resultado es que el destino poco a poco nos va alcanzando. El nuevo paso a desnivel inaugurado solo posterga trescientos metros el atasco; la repavimentación dura hasta la siguiente temporada de lluvia; se abastece de agua a una nueva colonia reduciendo las dosis de las colonias aledañas. En suma, se gestiona la crisis, nunca se le resuelve. La ciudad se sostiene apenas cambiando la agenda y los recursos de lugar para sostener momentáneamente la emergencia del día. Siempre en espera del siguiente susto, siempre apostando a la reiteración del milagro cotidiano que sostiene a nuestras ciudades pegadas con alfileres.

@jorgezepeda  
www.jorgezepeda.net